

**Qué cómico  
resultaba cuando  
era un muñeco**

Guillermo Piro

**Ediciones Godot**

Colección Crítica

Piro, Guillermo. Qué cómico resultaba cuando era un muñeco. - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones Godot Argentina, 2012. 106 p. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-52-7 1. Ensayo Filosófico. I. Título CDD 190

Qué cómico resultaba cuando era un muñeco  
Guillermo Piro

Corrección  
Gimena Riveros

Diseño de tapa e interiores  
Víctor Malumián

Foto de solapa  
Paola Cortes-Rocca

Ediciones Godot  
[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)  
[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)  
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)  
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)  
Buenos Aires, Argentina, 2013

## A modo de prólogo

**M**e embarco en la tarea de escribir un texto breve que funcione como presentación de la colección de ensayos de Guillermo Piro que publicamos en este libro. Me doy cuenta de que es una tarea difícil, porque no se me ocurren muchas cosas para decir. No hay un “hilo conductor” o un tema que resulte eje de los textos. No existe *una* obsesión que aparezca en cada texto de Piro, y de la cual no pueda evadirse. Aquí sí encuentro algo que sirve para describir los escritos reunidos en esta edición. Piro escribe con una claridad y una prolijidad envidiables. Ante cada idea que presenta (muchas veces sus ideas son un poco extravagantes, lo reconozco), trae un ejemplo que le sirve como sostén. Cuando quiere citar un libro o una frase de un escritor o de un pensador, cita. Y si los ensayos publicados en este libro siguen como único criterio el capricho de los editores, los textos que escribe Piro obedecen, la mayoría de las veces, a caprichos que él siente que deben ser transmitidos. Por mencionar algunos ejemplos: aquel en el que narra su desazón por tener que mudar una cantidad descomunal de libros; o aquel en el que descubre una especie de universo paralelo que es el tiempo en el básquet.

Quizás sí existe *la* obsesión de Piro: la literatura. Piro escribe, pero mientras lo hace parece estar rodeado, o atrapado, casi constantemente, por todos los libros que leyó, por todas las frases que recuerda (y las que no también), por todas las cosas que pasaron alguna vez por delante de sus ojos y tuvo la suerte -o la desazón- de leer. Creo que en esta especie de obsesión podemos dar cuenta, aunque sea, de su estilo de escritura. Para hablar

sobre literatura, Piro echa mano de ella; para hablar sobre otras cosas, también. Todo es una excusa para meterse en ese mundo. Por esto nos gusta lo que escribe Guillermo: porque como su mundo por naturaleza parece ser la literatura y los libros, los textos son agradables; su lectura se disfruta. Si Baudelaire era un *flâneur* que paseaba por París y ponía por escrito sus sensaciones, Piro es un *flâneur* de la literatura. La recorre, se sumerge en ella, descubre en cada palabra un posible subterfugio para expresar una idea nueva. Esto explica, también, que no haya un hilo conductor ni nada que se le parezca en los ensayos publicados en este libro. La escritura del *flâneur* necesariamente tiene que ser fragmentaria. La escritura de Piro no escapa a este designio.

Hernán López Winne

# Ensayos, consultas, correcciones

**H**ace muchos años, cuando trabajaba dirigiendo una colección de libros para Eudeba, le pedí a un afamado traductor argentino que tradujera un pequeño libro de una ignota escritora británica, Daisy Ashford (tan ignota era, que en este palo enjabonado que es el mundillo literario empezó a correr la noticia de que Ashford en realidad no existía, y que era una invención del traductor en cuestión y mía). Daisy Ashford escribió novelas entre los cuatro y los 12 años de edad, cuando abandonó su prometedor carrera literaria. Pero no es de Daisy Ashford que quiero hablar. El traductor en cuestión -yo sabía que admiraba la obra de la joven escritora británica- se mostró entusiasmadísimo cuando le propuse traducir *Los jóvenes visitantes*, se puso enseguida manos a la obra y me prometió que en cuanto tuviera lista la traducción me lo haría saber. Apenas diez días después me llamó por teléfono para decirme que no solo ya había traducido el libro, sino que se había tomado el atrevimiento de escribir un prólogo -encantador e inspirado: precioso- sobre Daisy Ashford. Me encontré con él en un bar del barrio de Flores y allí me hizo entrega de un *diskette* y de una versión impresa de su traducción. Nos pusimos a charlar y entonces, dado que solo habían pasado diez días desde que le encargara el trabajo, se me ocurrió preguntarle si en realidad ya lo tenía traducido y solo había tenido que hacerle algunas correcciones (convengamos que traducir un libro en diez días, por más breve que sea, es casi un récord). Me dijo -y le cré- que no era así, que se había puesto a tra-

ducirlo apenas había cortado la comunicación conmigo, diez días antes. Entonces le pregunté cuántas horas diarias le dedicaba a la traducción, esperando que me dijera diez, o doce. “Una hora, no más”, fue la respuesta. Los números no cerraban. De modo que le expliqué que yo también era traductor y que yo era incapaz de traducir un libro de esa extensión en diez días. “Ah”, fue la respuesta, “lo que pasa es que seguramente vos consultás el diccionario”. “Y sí”, le dije, “¿qué se supone que tengo que consultar, la guía telefónica?”. Lo que siguió es algo difícil de transcribir: la lección más escueta, sencilla y enriquecedora que me dieron en toda la vida sobre traducción. Básicamente, su teoría consistía más o menos en esto: al traducir, uno se va encontrando a menudo con términos o expresiones cuyo significado desconoce. Y lo que hace, naturalmente, es acudir al diccionario. Este traductor opinaba que eso no debía hacerse, que lo que había que hacer era dejarse llevar por el sentido común, no perseguir la literalidad como un perro faldero. Decía que, al toparnos con un término o expresión cuyo significado desconocemos, hay un significado que indefectiblemente acude a nuestra mente y que desestimamos hasta tanto hayamos confirmado que es el que buscamos. “No hay nada que buscar”, era su consejo, “apuesto cualquier cosa a que la primera ocurrencia es siempre mejor que el significado literal producto de la consiguiente consulta en el diccionario. Si un personaje come una fruta exótica, y desconocés el nombre de esa fruta, a menos que esta tenga alguna preponderancia y sea importante para el desarrollo del relato: ¿qué importa si es un kiwi, una manzana o una pera? Los que consultan el diccionario, como los que corrigen sus libros o ensayan sus obras de teatro, son cobardes”. Lejos de sentirme más valiente que el resto de mis coetáneos, desde entonces soy de los que, cuando traducen, no miran jamás el diccionario.

# La novela de un utilero

**N**unca leí *Cien años de soledad*, y sinceramente no me siento especialmente disminuido por eso. He visto de viaje a tantos extranjeros cargar el libro por la calle, leerlo en los aeropuertos y en la cubierta de un barco, que reconozco que, de prejuicio fácil, siempre tuve la impresión de que no es una novela para mí. La cosa me preocupa poco. Como decía Borges, siendo la literatura tan vasta no veo problema en que una novela de mala muerte integre la larga lista de los baches literarios que me han acompañado durante tantos y tan extensos años.

De modo que me he puesto a rememorar la larga lista de aquellos títulos que pasé por alto, y es tan larga que asusta. Asusta y deprime, porque hay libros que no solo deben ser leídos, sino que deben ser leídos en el momento apropiado, después de lo cual no se hace más que el ridículo. Como un cincuentón que anda por la calle con bermudas, un señor de cierta edad que lleva bajo el sobaco un libro como *Siddharta* o como *El cazador oculto* es carne del desprecio de los demás, de la mofa y el escarnio.

En mi lista no cuento *En busca del tiempo perdido*, lectura que conscientemente decidí hacer mucho tiempo reservar para la época en que me toque estar preso. De modo que esas novelas no engrosan el gran bache, sino que más bien entran en el sistema previsional de lecturas que todo hombre de bien debería considerar seriamente.

Pero hay muchos otros. Algunos no lamento no haberlos leído (*Cien años de soledad*, justamente), pero hay otros que siento, como el cincuentón tentado de salir a la calle en bermudas, que su lectura me depararía muchos momentos de placer, pero que siendo la ridiculez el precio a pagar prefiero abstenerme (en estos tiempos no hay

peor miedo que el miedo al ridículo, decía J.R. Wilcock). Veamos: además de los libros de Hesse y Salinger anteriormente nombrados, sumemos *Los tarahumara* de Artaud, *Sensatez y sentimientos* de Jane Austen, *La isla del tesoro* de Stevenson, y todas las novelas del ciclo de la Malasia de ese pésimo escritor que fue Emilio Salgari. Cuando uno oye hablar de esos libros suele sentir que el tiempo se descomprime, y uno empieza a levitar en medio de las palabras ajenas sin poder meter un bocadillo. Entonces escucha -dicen que eso es lo que hace la gente sabia-, y al final reconoce que todo lo que escuchó no es más que una sarta de lugares comunes que ni siquiera lo motivan para una lectura a escondidas.

Pero volvamos a *Cien años de soledad*. Nada hay más satisfactorio que encontrar un día que uno tiene las espaldas cubiertas por esos guardaespaldas del intelecto por los que sentimos un respeto reverencial. No me gusta el Pasolini poeta; el Pasolini novelista no me mueve un pelo; el cineasta me gusta un poco; pero el crítico... el crítico me fascina. Para Pasolini, *Cien años de soledad* es una obra maestra de la ridiculez. La califica como la novela de un utilero, escrita con cierta vitalidad y profusión del manierismo barroco latinoamericano, pero para uso exclusivo de alguna gran productora cinematográfica norteamericana. Los personajes parecen a sus ojos “mecanismos inventados” con espléndida habilidad por un guionista, ya que poseen todos los tics demagógicos destinados al éxito comercial. Para Pasolini, García Márquez es un burlador fascinante. Tan fascinante y tan burlador que todos cayeron en la trampa.

# Reflexiones en torno a un título

**D**isculparán este balance histérico, pero no voy a hablar de un libro sino del título de un libro. Se sabe que las traducciones españolas se convirtieron para mí en una especie de obsesión, no ya porque sean malas sino porque resultan ser la expresión de una conciencia, un modo de ser, de trabajar y de entender el mundo que me perturba.

Se acaba de distribuir en la Argentina *Vente conmigo*, de Roberto Saviano, publicado en España por la editorial Anagrama. A Saviano lo conocen: es el autor del *best-seller* internacional *Gomorra*. Traducido por Francisco J. Ramos Mena, el título de la edición castellana echa luz sobre algunas de esas obsesiones que me perturban. El título en el original es *Vieni via con me*. Los conocedores de música italiana habrán reconocido enseguida la estrofa de una bellísima canción de Paolo Conte, *Via con me*. E incluso aquellos que crean no conocerla, si la escuchan la reconocerán enseguida: fue la banda de sonido de muchas publicidades, desde algún utilitario de Fiat hasta de una marca de lavarropas, creo. *Vieni via con me* es, hasta donde sé, un programa de televisión presentado por el propio Saviano en Italia. El asunto es que la estrofa de la canción y del programa de televisión son fáciles de traducir hasta por alguien que empezó a estudiar italiano hace dos días: “Ven conmigo”. O si quieren: “Vámonos”. Y digo “ven conmigo” o “vámonos” porque estoy pensando en un lector hispano no reducible a los congéneres que viven en mi ciudad. Incluso elijo “ven conmigo” porque pienso en los que siendo argentinos viven más allá de la General Paz. Podría haber dicho también: “vení conmigo”, o “venite conmigo”. Incluso podía haber ido un poco más allá y ju-

garme con un “subite a mi moto”, o “subite a mi *mountain bike*”, pero ya me parece una exageración lingüística; “ven conmigo” está bien. Y está bien porque garantiza que provoque menos ruido en los posibles lectores hispanos diseminados por el mundo.

Llegado el caso de traducir el título de un libro que lleva el mismo que una canción de Paolo Conte, incluso me animaría a dejar el título en su idioma original. Si alguien pudiese ser lo suficientemente obtuso como para no comprender el sentido de esas cuatro palabras podría preguntárselo a un colectivero -si está leyendo mientras viaja en colectivo-, o al mozo de un bar, o a una señora cualquiera que pasea a su perro por la calle. Traducir *vieni via con me* es tan innecesario como traducir *volare*. Pero supongamos que al editor español le pareció que era necesario traducir esas cuatro palabras, y pensemos en las opciones que debe de haber barajado antes de elegir la que eligió. “Ven conmigo” tiene que haber pasado por su mente, antes o después de “vente conmigo”. “Vente conmigo” puede significar “acompañame a casa Juan” o “ten un orgasmo conmigo”. Pero no creo que el editor haya pensado en eso, más bien tiendo a creer que a la hora de sopesar las dos posibilidades eligió la segunda porque tiene un sonido más español, importándole un bledo que el libro se distribuya incluso en el culo del mundo, es decir en la Argentina, y también en toda América Latina.

Insisto en que aún no abrí el libro. Miento: acabo de abrirlo, y lo que vi fue una frase que literalmente decía: “Es lo contrario de las trolas que cuenta la liga cuando afirma que el sur es un lastre para el norte”. No sé qué querrá decir eso; lo que sí sé es que se me fueron las ganas de leerlo.

# Una pequeña traición una vez al año

**S**e supone que uno, hastiado de su vida, decide ponerse a escribir. Pero más tarde se lo ve haciendo lo que está a su alcance para escapar del hastío de escribir. Si hubiera sido empleado de un banco habría soñado con traicionar la confianza depositada en mí y escapar a alguna isla del Caribe. No trabajo en un banco, y en tanto que escribo solo me queda traicionar al que me lee. De ahí es probable que provenga el inusitado e irrepresible respeto que siento por quienes traicionan a quienes confiaron en ellos. Me refiero a la traición al poderoso. De ahí que todos los años, cuando se acerca la fecha del Nobel de Literatura, mi atención se centra menos en quién será el ganador y más en esos quince minutos previos a la declaración del ganador, donde queda de manifiesto una traición.

Hay un sitio de apuestas en internet llamado Ladbrokes. No soy alguien particularmente adepto al juego, y sin embargo, pocos días al año, los que preceden al anuncio del Premio Nobel de Literatura, me levanto temprano, me ducho, me hago café, enciendo el primer cigarrillo y me siento a observar el estado de cosas. Murakami sigue en la cresta de las apuestas, seguido de William Trevor, Alice Munro, Thomas Pynchon, Cees Nooteboom e Ismail Kadaré. Todos los años ocurre lo mismo, algo tan secreto e incontrolable que la Academia Sueca no consigue dar con el responsable. Son cosas interesantes. Todos los años hay alguien en Suecia que no puede resistir la tentación de, una vez recibida la noticia de quién es el vencedor, hacer lo que haría cualquiera de nosotros: dar aviso a una novia o a un amigo y darle el nombre del nuevo Premio Nobel

para que apueste todo en Ladbrokes. Es un acto de traición ejemplar, irresistible, que se repite todos los años, y al que la Academia Sueca no pudo todavía ponerle freno. Un simple SMS y de pronto, imprevisiblemente, un nombre comienza a escalar en la lista.

En la relación actual, tres autores poco conocidos pero de solvencia probada -el húngaro Peter Nadas (una especie de Proust magiar), el chino Mo Yan y el irlandés William Trevor- escalaron a los puestos más altos en los últimos días. El año pasado fue Tomas Tranströmer. Su nombre figuraba al final de la lista, y faltando pocos días algo ocurrió. Cada vez que visitaba la página el nombre Tomas Tranströmer subía un puesto o dos. Es un privilegio que nos está vedado a la mayoría de los mortales, esto es, ver el nacimiento de un mito en ese preciso momento. Conocer a alguien no antes de un gran premio, no después de un gran premio, sino durante. Verlo subir, lentamente, subir, subir en la lista. El miércoles el nombre de Mo Yan ya figuraba entre los dos primeros, detrás de Murakami.

Así que, perdón, pero me preocupa mucho menos quién termina siendo el ganador del Nobel de Literatura y mucho más quién filtra la información desde dentro de la Academia Sueca, apostando o haciendo apostar y llenándose al final los bolsillos de plata. Porque aplicando las palabras dichas una vez por Fernando Savater, no he leído una puñetera línea de Mo Yan, no me siento especialmente disminuido por no haberlo leído y no pienso leerlo aunque le den un Nobel dos veces por semana. ¿Pero quién es ese sueco que se llevó toda esa guita ganada en las apuestas? ¿Qué edad tiene? ¿Qué le gusta beber? ¿A qué se dedica? Eso sí es una novela, no esas porquerías escritas por un chino con suerte llamado Mo Yan.

# Un día se van a avivar

**S**iempre me llaman la atención los que cometen errores de manera reincidente. Me refiero al mismo error, una y otra vez, el mismo error. Yo soy de esos. Seguramente es por eso que otro gran reincidente como el Vaticano no termina nunca de caerme del todo antipático. Es como si en un punto me sintiera identificado.

Siglos y siglos de filosofía, metafísica, hermenéutica y teología le enseñaron al Vaticano muchas cosas, pero aún parece no haber entendido que cuando declara abiertamente su disconformidad con la publicación de un libro, ese libro escala al instante en la lista de *best-sellers*. Si optaran por callarse, el libro pasaría al olvido del que vino. Basta, por ejemplo, que el Vaticano desmienta, como está haciendo ahora, la validez del llamado Evangelio de la esposa de Jesús, para que *ipso facto* sea considerado válido por gran parte de la humanidad.

Sobran ejemplos. Sin ir más lejos, el de *El Código Da Vinci* de Dan Brown. Pero hay cientos, miles más. Y entre esos cientos y miles está un libro de Jana Cerná. Una pequeña editorial italiana especializada en libros de Europa del Este y Central, llamada e/o, a mediados de los 90 publicó una recopilación de textos y poemas suyos. Jana Cerná era checa, había pertenecido al movimiento *hippie* revolucionario checoslovaco de los 60 en Praga. Y era la hija de Milena Jesenká, la que fuera uno de los grandes amores de Kafka (de hecho ella solía bromear diciendo que en realidad ella era hija de Kafka). Jana escribió una biografía de su madre y un breve volumen que reúne un par de relatos de carácter sadiano y unos poemas titulados *En el jardín de mi padre*. El libro en cuestión se llama *Clarissa y otros textos*, pero al editor italiano ese título le parecía un

poco insulso, así que se puso a pensar en otro. Nota bene: es una costumbre bastante arraigada en el mundo editorial italiano cambiar los títulos de los libros que se traducen.

A veces eso da por resultado genialidades incomparesables, como llamar a *Help, I Am Being Held Prisoner* con el maravilloso *Ditelo con i fiori* (*Diganlo con flores*), cuya genialidad escapa a quien no haya leído la novela. Pero también pueden cometer torpezas inauditas, como llamar a *The Hunter* (*El cazador*), de Richard Stark, con el oprobioso *Anonima carogne* (*Carroña anónima*, o *Anónima carroña*, como más les disguste). De modo que el editor de e/o se puso a releer el libro de Cerná en busca de algo, una expresión, una frase que pudiera suplir al anodino *Clarissa otros textos*. Y lo encontró en un verso que decía: “Por el culo hoy no/ porque me duele,/ y además también quisiera/ gozar un poco de tu intelecto”. Y el libro pasó a llamarse así: *Por el culo hoy no* (*In culo oggi no*). De inmediato el Vaticano puso el grito en el cielo, pidiendo el secuestro de la edición de todas las librerías italianas. La orden estaba a punto de cumplirse, pero el editor adujo que en tanto y en cuanto el Vaticano es un Estado independiente, comprendía que el libro de Cerná fuera secuestrado de las librerías del Vaticano, pero no del resto de Italia. Y eso ocurrió. Aunque también ocurrieron otras cosas. Tras las murallas del Vaticano, ya en territorio romano, podían verse grandes carteles, como los que acostumbraba entonces a hacer Benetton, que rezaban: *In culo oggi no*. Era un libro (lo sigue siendo) muy malo, pero gracias a la intervención vaticana vendió una docena de ediciones en un año. Así que como acostumbramos a hacer desde aquí, mandamos al Vaticano un saludo, esperando que algún día se aviven.

# La verdadera historia de Blancanieves

“**S**i necesitamos de las fábulas, que al menos sean el emblema de la verdad”. Voltaire debería sentirse más que satisfecho ahora que Blancanieves parece salir de las nieblas de la leyenda para entrar en el antro de la historia. Hay que olvidar la fábula, o mejor, olvidar esa ironía que aflora en los labios al decir: “Había una vez...”. Porque Blancanieves, los siete enanitos, el espejo encantado y la reina malvada existieron de verdad. Al menos eso es lo que se atreve a sostener el señor Karl-Heinz Barthels, un farmacéutico de Lohr, un pequeño pueblo bávaro a orillas del río Meno.

Barthels empleó 17 años para llegar a esta conclusión: la Blancanieves transfigurada por los hermanos Grimm no era otra que María Sophia Margaretha Catharina von Erthal, nacida el 15 de junio de 1729, hija del príncipe Philipp Christoph von Erthal y de María Eva von Bettendorf. El castillo de los Erthal hoy es un museo. Una de las atracciones del castillo es justamente el espejo parlante, refinado juguete acústico muy en boga en la época, fabricado allí mismo, en Lohr, célebre entonces en Europa por la manufactura de espejos y cristales. El espejo repite cada palabra pronunciada por quien está delante.

El espejo era propiedad del príncipe. Este se lo había regalado a su segunda mujer, Claudia Elisabetta von Reichenstein, madrastra de María Sophia. Al parecer, la varicela dejó a María Sophia casi ciega. Los documentos hallados por el señor Barthels hablan de que era una muchacha dulcísima. Probablemente la gente hizo a la madrastra más malvada de lo que en realidad era, pero eso es algo que

sigue ocurriendo ahora, conmigo, sin ir más lejos. ¿Y los enanos? El señor Barthels encontró la respuesta en Bieber, un pueblo no muy lejano, entonces un importante centro minero donde se extraía cobre y plata. Los túneles de las minas solo eran accesibles por personas de estatura muy pequeña, que a menudo llevaban capuchas muy coloridas para protegerse del frío de las entrañas de la Tierra y al mismo tiempo resultar bien visibles.

Es sabido que los hermanos Grimm hacían acopio de historias en las que verdad y mito se confundían, escuchaban a posaderos y viejas, mujeres de sastres y estafadores, borrachos en estado de sobriedad y vagabundos, retribuyéndoles con dinero cuando consideraban que el relato lo merecía. Luego lo “trabajaban” a fondo, atentos sobre todo a eliminar las partes más escabrosas y sangrientas para volverlo aceptable a la pudorosa sensibilidad de la época. Por ejemplo, en la primera versión de Cenicienta, a las dos hermanastras, en castigo, se les arrancaban los ojos. Cruento. En cuanto a Blancanieves, parece ser que, originalmente, los enanos, al encontrarla sin vida, decidieron desnudarla y darle un baño de hierbas purificantes esperando así poder salvarla. Previsible y erótico.

Lohr no fue la primera ciudad que reclamó la paternidad de una historia de los hermanos Grimm. Hoxter, ciudad ubicada en la Renania del Norte, resultó ser el escenario natural de Hänsel y Gretel, mientras que Ziegenhald, en Asia, desde mediados del siglo XX se autodenominó “la tierra de Caperucita Roja”.

## El odio a los libros

**M**e encuentro abocado a mudarme desde hace al menos un mes y medio. Si solo hubiera contado con muebles y ropa, ya me habría mudado hace rato. Pero tengo libros, muchos libros, no sé cuántos, y eso ralentiza y dificulta todo, especialmente el movimiento. Hay un texto de Cortázar, “Instrucciones para dar cuerda a un reloj”, que comienza comparando el acto de regalar un reloj con el de regalar “un infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire”. No te regalan un reloj, dice Cortázar, “te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj. [...] Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. [...] No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj”.

Cambien *reloj* por *libro* y la cosa sigue funcionando. Es algo que pasa desapercibido si quien se ocupa de mudarlos es otro. Pero cuando uno se enfrenta a ese abismo que consiste en meterlos en cajas, bajarlos tres pisos al hombro, subirlos a un camión y repetir la operación al llegar a destino, uno no puede menos que odiarlos. No es la primera vez que me mudo, pero es la primera vez que descubro que cada vez que me mudo y me enfrento a esta tortura, recuerdo la misma historia de Saint-John Perse. (Si llegaran a sentir curiosidad, hay traducción de *Señales de mar* hecha por Lysandro Galtier en la Argentina a comienzos de los 60, y sobre todo *Lluvias*, editado en México y traducido por José Lezama Lima. No lean cualquier traducción hecha en España, pásenlas por alto. O aprendan francés y léanlo. Freud aprendió español para leer el Quijote, no veo por qué alguien no podría aprender

francés para leer a Saint-John Perse).

Poeta nacido en la isla caribeña francesa de Guadalupe en 1887, Saint-John Perse fue también diplomático en Pekín entre 1916 y 1921. En determinado momento Saint-John Perse, ya entrado en años, accedió a recibir en su propia casa a un periodista para que lo entrevistara. El asunto es que la charla tuvo lugar en su residencia, y que fue amable y cordial. Al finalizar la charla, Saint-John Perse llevó al entrevistador a recorrer la residencia. Cuando el recorrido terminó, el entrevistador le hizo saber al poeta que debían haberse saltado la biblioteca, porque no la había visto. Saint-John Perse le hizo saber que no tenía biblioteca, porque sencillamente odiaba los libros. El asunto requería explicación, y Saint-John Perse la dio. Su padre también había sido diplomático, de modo que su infancia la había pasado de país en país. Su padre poseía una cuantiosa biblioteca, y la llevaba consigo adonde fuera. En ese entonces, como ahora, los libros se trasladaban por barco, pero los *containers* de principios del siglo XX eran de madera, no de acero. Al parecer, al embarcar los libros, una de esas cajas cayó al mar. La rescataron, y la dejaron toda la travesía secándose al Sol, en cubierta.

Saint-John Perse le decía a su entrevistador que recordaba perfectamente la alegría de su padre al reencontrarse con sus libros. Se había hecho lugar en el patio, en torno a las cajas se había reunido toda la familia. Recordaba a su padre, feliz, barreta en mano, disponiéndose a romper las tablas de la caja, ansiando el reencuentro. Al sacar las primeras tablas, lo que apareció fue un mazacote informe de cartaposta, como si hubieran rellenado la caja de madera con yeso. Ver el rostro de su padre en ese momento había hecho que Saint-John Perse odiara los libros para siempre.

Me alegra que no vean mi rostro ahora.

# Entrada para un diccionario

**B**ORGES, Jorge Luis. N. en Buenos Aires el 24 de agosto de 1899 y m. en Ginebra el 14 de junio de 1986. Escribiendo en su modesto rincón, perdiendo la vista, aportó una nueva actitud a la prosa de ficción fantástica: compostura formal, ojo conservador e irónico, humor medido, oxímoron (claroscuro, agridulce, piano-forte), todo eso transmitido al mundo en el lenguaje mejor escogido. Jorge Luis Borges goza de un culto exagerado en el mundo, y en su país natal ascendió a la categoría de monumento nacional. Hubiera podido mejorar con un buen corte de pelo, su traje siempre estaba raído, pero no le importaba porque sabía que tarde o temprano estaría criando margaritas. Su gusto por dejarse llevar por las pesadillas adquirió con él el rango de principio literario. Como le dijeron a ese oso hormiguero que había ganado la lotería: “¿A qué viene esa cara larga?”. Borges también la tenía. Perfección estilística.

Pensemos un rato en la perfección estilística. Hmm... (ronquidos, ronquidos). Una experiencia buena y mala, mitad la voz más estimulante de la literatura argentina del siglo XX, mitad un falso profeta de la sangre y el semen. Pésimo traductor en un país muy aficionado a la lectura de revistas. Desde su aparición el tránsito de la ficción argentina avanza en segunda. Después de haber intentado ignorarlo todo lo que pudo, frente a Borges la pregunta que la sociedad se plantea es esta: ¿cómo neutralizarlo? Y la respuesta es siempre la misma: asimilándolo. En vez de reconocernos en lo extraño, lo extraño se vuelve nosotros mismos, o sea, irreconocible. Cuanto mayor es el artista, tanto más urgente resulta la operación. Borges ya se ha vuelto un modo de no leerlo.

Según los preceptos establecidos por el maestro José

Raúl Capablanca, la condición esencial de que debe gozar cualquier apertura en ajedrez es que en la sexta jugada los caballos estén dispuestos en una posición óptima, controlando el centro del tablero, los alfiles tengan el camino abierto y el rey y la torre puedan enrocar. Para ello es esencial no mover la misma pieza dos veces. Boris Spassky lo sabía, es por eso que jugando una partida con Bobby Fischer por el campeonato del mundo, en 1972 y precisamente en Buenos Aires, vio azorado cómo su contrincante avanzaba con un caballo, y en la movida siguiente volvía a tomarlo con dos dedos y hacerlo avanzar, repitiendo lo mismo una tercera vez y una cuarta. Al final de la cuarta movida la visión que el tablero ofrecía era pavorosa: Fischer disponía de un caballo, si bien no ubicado óptimamente, no en una posición desventajosa. Pero los peones de Spassky... Ahora bien, Spassky cayó en las redes de la llamada “falacia de autoridad”. Si las mismas movidas realizadas por Fischer hubieran sido hechas por un novato, Spassky lo habría despachado en diez minutos. Algo así ocurre con Borges: sus conferencias son estúpidas, banales y transparentes, pero, vaya uno a saber por qué, todo el mundo las encuentra geniales. El laberinto es ahora el jardín de casa y los universos paralelos se topan con los semáforos en cada esquina. Sin contar con que nadie puede nombrar al tigre y al laberinto sin pasar por borgeano. En cuanto a los espejos, ya no reflejan su rostro, sino el rostro de un viejo loco. En este diccionario reconocemos la fuerza y categoría de sus creaciones, pero como modelo cultural creemos que es hora de que su falso, formal y casi incestuoso proyecto de ficción sea relegado a la oscuridad más oscura.

## Renzo y Lucía en City Bell

**M**i abuelo Giorgio había sido un solvente anarquista en su Gallipoli natal, en el taco de la bota italiana. Giorgio estaba absolutamente convencido de que era material y espiritualmente imposible que se escribiera una obra superior a *Los novios* (*I promessi sposi*), de Alessandro Manzoni. Tal era su convencimiento, que había interrumpido sus lecturas para adentrarse profundamente en la obra y luego, una vez adentro, recorrerla a placer, una y otra vez, una y otra vez. Yo debería tener entonces doce años, y Giorgio, por cierto, tuvo una idea genial: decidió pagarme una suma extraordinaria por cada página que yo fuera capaz de leer de *Los novios* de Manzoni -en italiano, claro está-. A mi padre la idea le pareció descabellada, porque me conocía y porque sabía que con sus ahorros Giorgio no iba a ser capaz de dar cuenta de mi esfuerzo y testarudez para concluir aquello que estaba a punto de comenzar. Giorgio había diseñado un sistema de evaluación un tanto particular, eso sí. Giorgio vivía en City Bell, y con mi padre íbamos a visitarlo dos veces por mes. A la primera visita yo había sido capaz de desgranar con esfuerzo las primeras cinco páginas y me sentía confiado, dispuesto a afrontar el examen. Pero la primera pregunta de Giorgio me descolocó: “¿De qué color son los zapatos de Lucía?”, “¿qué movimiento hace Renzo con la mano mientras Don Abbondio le informa que después de las amenazas de Don Rodrigo no va a haber casamiento?”. Cosas así. No pude responder a esas preguntas, pero Giorgio premió mi dedicación con la suma estipulada por página. Volvimos a repetir el ritual de la evaluación varias veces más, y el resultado fue tan frustrante y exigía tanto esfuerzo que decidí abandonar la lectura y perder una

buena fuente de ingresos. Por más que Giorgio estuviera dispuesto a pagar por la lectura de una página, me parecía muy poco.

Cuento esto por dos razones. La primera es que desde entonces consideré a Giorgio un tipo bastante bruto por haber creído que no podía existir en el mundo un libro mejor que *Los novios*. Hoy creo que yo estaba equivocado, y que en realidad Giorgio era uno de esos hombres tocados por la suerte, que finalmente, un día, sin proponérselo expresamente, encuentran ese libro que cumple con todas las expectativas, con todas las promesas, que es capaz de suministrar todos los goces y los placeres y que a pesar de eso -o tal vez por eso- uno nunca termina de desentrañar del todo. Tal vez leemos buscando ese libro que anule todos los libros, y vivimos toda la vida y leemos todo lo que cae en nuestras manos tratando de encontrarlo. Giorgio lo había encontrado, eso es todo.

Bernard Shaw recorrió el mismo pequeño abanico de sensaciones cuando encontró a un hombre que después de haber leído *Colmillo Blanco*, de Jack London, había dejado de leer. No se había ocupado de profundizar -*Colmillo Blanco* no es tan profunda, uno hace pie desde que comienza la novela hasta que la termina-, sino que simplemente, ingenuamente, radicalmente, había dejado de leer. Shaw rechaza esa idea, hasta que finalmente comprende que lo que siente en realidad es una profunda envidia por ese lector, saciado, satisfecho, descreído y carente de esa curiosidad que a todos nos lleva a ir de un libro a otro.

Dije que contaba esto por dos razones y solo conté una. La otra razón es que Giorgio fue la primera persona que me pagó por leer. Quién sabe, a lo mejor debe haber visto algo.

# La ciencia ficción no nació en Perú

**H**ay un cierto tipo de persona particularmente atenta que no hace otra cosa que descubrir los errores ajenos, y ponerlos de manifiesto. Son los que escriben cartas a los diarios y llaman por teléfono a las radios. Basta que alguien se atreva a inmiscuirse en el tema del que estas personas son especialistas para que al descubrimiento de un error nimio -para ellos no existen los errores nimios- entren en un estado de furia incontrolable y se pongan a despotricar, pidiendo la cabeza de quien cometió semejante afrenta a la verdad. No suelo ser ese tipo de individuo, pero hoy voy a serlo.

Alguien puso a circular en la web una novedad apabullante: el pionero de la ciencia ficción no fueron ni Julio Verne (1828-1905) ni H. G. Wells (1866-1946), sino un escritor peruano, Julián Manuel de Portillo (1818-1862), adelantado en todo, quien entre 1843 y 1844 escribió una novela de anticipación titulada *Lima de aquí a cien años*. En la novela, que se desarrolla en 1943, Artur y su amigo Carlos del A. (estoy copiando el artículo de Alvaro Mejía Salvatierra) vuelven a la realidad, de la que los sustrajo por un siglo un genio que paralizó su existencia. Artur, en Lima; Carlos, en el Cusco. Asombrados, descubren que Inglaterra, otrora potencia mundial, fue borrada del mapa, y que el Perú, al que ellos dejaron sumido en medio de guerras internas, es ahora un país altamente desarrollado. La narración de los hechos se realiza mediante cartas entre los dos, que son transportadas por naves aéreas que vuelan a diario entre Lima y Cusco.

No soy un especialista en ciencia ficción. En realidad

no soy un especialista en nada, pero creo recordar que en 1650 el legendario Cyrano de Bergerac escribió la *Historia cómica de los Estados e imperios de la Luna*. Allí, narrando en primera persona, Cyrano hace una narración de un viaje que realiza al satélite, observando lo que hace la gente que vive allí, cuyo modo de vida es, a veces, totalmente distinto al nuestro, y en ocasiones idéntico. El esquema no es muy distinto al de cualquier novela utópica, repetido *ad infinitum* por muchos otros pioneros de la ciencia ficción como el danés Ludvig Holberg (1684-1754), quien en *El viaje subterráneo de Niels Klim* narra el viaje, en primera persona también, del tal Klim al centro de la Tierra, y las cosas *vederes* que *non crederes*. Y recuerdo que Giacomo Casanova (1725-1798) escribió en 1787 una novela, el *Icosamerón*, donde dos hermanos relatan su visita al centro de la Tierra, novela que recuerda mucho al *Micromegas*, de Voltaire (1694-1778), donde se describe la visita a la Tierra de un habitante de la estrella Sirio, y *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift (1667-1745). Se me dirá que en los casos de Holberg y Casanova ninguno de los dos se ocupó de narrar un viaje al espacio exterior, pero entonces preguntaré cómo calificamos a un pionero, si como alguien que anticipó lo que luego se haría o alguien que anticipó aquello que aún no consiguió hacerse. Porque les recuerdo que a la Luna ya llegamos, y al parecer no había allí nada muy interesante, porque no volvimos. Y en cambio el centro de la Tierra aún no fue hollado por pie humano.

Pero la pregunta es: ¿quién dijo que los pioneros de la ciencia ficción son Verne y Wells? No faltará quien ahora esté pensando en escribirme acusándome de haberme olvidado de algún prohombre inolvidable, pero quiero que sepa que el asunto me tiene sin cuidado, así que no me escriban y, como diría Gulliver, no se atrevan a comparecer ante mi vista.

# El club de los desenterradores

**N**ingún escritor es injustamente olvidado. Aceptamos que sea una expresión con la que lamentamos que los libros de determinado autor ya no se encuentren ni en las librerías de viejo, pero la memoria y el olvido no conocen ese lugar llamado justicia. Un escritor es justamente olvidado y justamente recordado, del mismo modo que es necesario olvidar determinados hechos de una vida para seguir viviendo. En *El pasado, la memoria, el olvido*, Paolo Rossi asegura que hace falta recordar y olvidar en igual medida. No hace falta apelar al Funes de Borges para conocer los estragos de una memoria absoluta, total, brutal. De modo que el hecho de que algunos escritores pasen al olvido tiene su sentido oculto. No sé cuál, o tal vez sea distinto en cada caso. Pero la palabra *justicia* aplicada a la literatura siempre suena un poco a reclamo de anciana con la bolsa de las compras en la cola del banco hablando sola, a los gritos. Mejor callar.

Hace unos años, un antiguo director de lo que entonces se llamaba Instituto de Cooperación Iberoamericana, Tono Martínez, mientras cenábamos en un antro del Bajo me decía que nunca iba a entender esa costumbre tan argentina de olvidar a los escritores durante más o menos veinte años para volver a desenterrarlos veinte años después. En ese entonces, quien estaba atravesando el cono de sombra era Bioy Casares, a quien Martínez consideraba el mejor escritor argentino (pero bueno, dejemos eso de lado, el último buen escritor que los españoles conocieron fue Cervantes; no saben qué es un buen escritor). Pero lo que decía Martínez era cierto. No menos cierta es la existencia de esa especie rara de escritor dispuesto a sacrificar su tiempo, su pasión y hasta su dinero por desenterrar a

esos escritores olvidados. No son muchos, y son raros. Leopoldo Brizuela desenterró a Sara Gallardo; Matilde Sánchez a Silvina Ocampo; Américo Cristófalo a Nestor Sánchez; Alejandra Laera a Manuel Mujica Lainez; yo mismo desenterré a J.R. Wilcock y a Héctor A. Murena. Damián Tabarovsky se encuentra en plena labor de desenterrar a Silvina Bullrich. Debe haber más desenterradores y más autores desenterrados, pero ahora no los recuerdo. Es raro, porque estos autores “injustamente” olvidados vuelven a ser “justamente” puestos en circulación, y pareciera que entre tanto algo cambió, algo mutó e hizo que entonces, ahora, sus prosas puedan moverse con acuitada agilidad en este nuevo mundo que no conocieron, que ni siquiera previeron. Lo que trato de decir es que su aceptación posterior no tiene nada que ver con la anticipación: son escritores que no se anticiparon a nada, que ni siquiera escribieron para los lectores del futuro; simplemente pareciera que no les había llegado el momento, y que ese momento es ahora.

Debería hacerse un simposio en el que se pudiera escuchar a esos desenterradores, si es que estos sujetos tan generosos (porque se preocupan más por publicar la obra de otro que la propia, porque elaboran discursos para convencer a un editor acerca de lo acertado que resultaría publicar determinado libro de uno de esos olvidados con argumentos que ni se les ocurriría utilizar para convencer a nadie de publicar los propios) tienen algo que decir. Es una idea; se las regalo, yo tengo demasiadas cosas que hacer como para ocuparme encima de organizar un simposio.

# Cuando las buenas ideas atacan

**E**l otro día tuve una idea genial para esta columna. Era majestuosa, divertida, provocadora, insultante, el punto de vista era único, el tema era visto desde un lugar que hasta ahora nunca había sido hollado por pluma alguna. Tenía el principio y el final, y puedo asegurar que hubiera sido antológica, el mundo entero habría hablado de ella, pero no logro recordar de qué trataba. Me pasa a menudo, porque me resisto a andar cargando a cuestas una libreta en la que anotar con avaricia las estúpidas ideas que se me cruzan por la cabeza. *Avaricia* es una palabra justa y oportuna, porque tengo la impresión de que quienes se la pasan anotando ideas son lisa y llanamente mezquinos y miedosos, celosos guardadores de los rebaños que pastan en la mente. Aunque debo reconocer que esa avaricia dio a luz algunas pequeñas obras maestras. Peter Handke, por ejemplo, publicó lo que al parecer (digo al parecer porque a los novelistas no les creo nada, y a Peter Handke le creo menos) son sus cuadernos de notas, tomadas al pasar, pensando en utilizarlas para la redacción de alguna novelita (Handke solo escribió novelitas, hasta *El año que pasé en la bahía de nadie*, que es un novelón en el que Handke da cuenta de un año parisino, que poco hubiera cambiado si en vez de un año hubieran sido seis meses). Los libros se llaman *El peso del mundo* e *Historia del lápiz* y contienen diálogos breves y frases geniales como esta: “Apretujado en el asiento trasero de un taxi con un enfermo de cáncer, sentir de pronto que el cáncer es contagioso”.

Lo cierto es que Handke hay uno solo y apuesto a que las recopilaciones de frases citables de fabricación propia que pueden acumular el común de mortales no son ni tan brillantes ni tan perturbadoras como las del austría-

co. Pero la calidad no importa, sino la actitud. Observen el aspecto del que sufre un raptó de inspiración y por miedo a olvidar la ocurrencia se detiene, mete la mano en el bolsillo, saca una libreta y una lapicera, encorva la espalda y se pone a anotar con rapidez. Todos se parecen a Shylock interpretado por Al Pacino.

El filósofo español Xavier Rubert de Ventós, de quien solamente leí un libro, da en el blanco. El libro que leí una vez se llama *Oficio de Semana Santa* y en él, de un modo muy austríaco, Rubert de Ventós ensaya pensamientos, reflexiones, pero sin un programa, a la manera de un diario personal. En determinado momento reflexiona acerca de la manía de anotar las ocurrencias, con una serie de silogismos que más o menos se parecen a esto: cuando aparece una idea nos quedan dos caminos: o la dejamos volar, tomando direcciones imprevistas, corriendo el riesgo de que luego no podamos reconstruir el camino que tomó, o la matamos de un tiro, anotándola en el papel apenas intenta emprender vuelo. De manera que lo que anotamos en una libreta no son más que cadáveres de pensamientos que hubieran podido ser grandiosos. Rubert de Ventós dice vivir continuamente teniendo que elegir entre esas dos alternativas, anotar y matar o dejar volar y perder para siempre.

Además de un gesto de avaricia ejemplar es impúdico suponer que las ideas que nos atacan son tan geniales que merecen ser anotadas *ipso facto, sine die y manu militari*. Después de todo, las buenas ideas siempre se les ocurren a los otros.

# Trabajando para los pulpos

Ítalo Calvino lo sabía: literatos y caballeros, entre otras cosas, tienen en común el obligar al cuerpo a adoptar posiciones innaturales: el literato estando sentado, el caballero andando a caballo, lo que por cierto no es muy higiénico que digamos. De todos modos, siempre es mejor estar sentados que de pie: se evitan las várices.

Hace unos años, Simon Kuper hablaba en una de sus columnas, que entonces publicaba en el *Financial Times*, acerca de las bondades de ser bípedo, llegando al punto de recomendar a los lectores que levanten sus escritorios a una altura tal que les permita trabajar de pie. Kuper recordaba a Donald Rumsfeld, el secretario de Defensa de George W. Bush. Al parecer, Rumsfeld era capaz de permanecer parado en su despacho diez horas seguidas. Consideraba (suponemos que lo sigue considerando) que estar de pie es el ejercicio más completo para combatir el sedentarismo. Por esa razón, le resultaba incomprensible que las organizaciones de derechos humanos le reclamaran el maltrato al que se sometía a los prisioneros de Guantánamo, que eran obligados, durante los juicios, a permanecer de pie tres horas.

En mi inventario improbable recuerdo a Albert Camus y a Ernest Hemingway como los campeones de la escritura de parado. Cuentan que solían escribir de pie, apoyando el papel en un atril, o mejor dicho un púlpito, término que viene más a cuento con lo que trato de contar. Camus insistía en que las mejores páginas las había logrado cuando, desfalleciente, debía sostenerse con una mano del púlpito para no caerse. O tal vez era Hemingway, no estoy seguro. Interesante idea de la escritura floreciendo a base de sufrimiento. No me imagino a Ítalo Calvino escri-

biendo de pie o sufriendo para escribir más de lo estrictamente necesario.

Para Calvino, todos los males del hombre provienen del hecho de haber decidido ser un bípedo, cuando su naturaleza le imponía distribuir el peso del cuerpo en las cuatro extremidades. Así es como nuestros progenitores desarrollaron la habilidad de trabajar con las manos, que liberadas de la función locomotora hicieron posible la historia humana. Pero para Calvino el perfecto equilibrio fue alcanzado durante la larga era de permanencia en los árboles. Las glaciaciones nos bajaron de los árboles, condenándonos a una vida que no nos pertenece y que resultó ser un acontecimiento irresistible. No se puede volver atrás. Hemos construido un mundo para bípedos sentados, dice Calvino, que no tiene nada que ver con nuestro cuerpo, un mundo que heredarán organismos más aptos para sobrevivir. Dado que gran parte de su vida la pasó sentado delante de un escritorio, Calvino opinaba que la forma que le hubiera resultado más cómoda es la de la serpiente. Pero se daba cuenta de que disponiendo solo de la cola para realizar todas las operaciones manuales, algunas de sus capacidades físico-mentales, ligadas a la digitación, habrían disminuido notablemente: la dactilografía, la consulta de enciclopedias, contar con los dedos y sobre todo comerse las uñas.

La forma perfecta, concluye Calvino, sería la del pulpo. Los pulpos pueden hacer de todo, salvo manejar un auto. Está claro que serán los pulpos los que ocupen nuestro lugar. El mundo que hemos construido está hecho a su imagen y semejanza. Hemos trabajado para ellos.